

Mercado laboral en Tarapacá

Tarapacá crea empleo, pero no logra afirmarlo: sube la desocupación y la informalidad abre una señal de alerta

La región cerró el trimestre noviembre 2025-enero 2026 con 8,4% de desempleo y 34,1% de ocupación informal. El comercio, la construcción y la minería empujan las cifras, pero el problema de fondo sigue siendo la calidad del trabajo que se está generando.



Hay cifras que, vistas de lejos, parecen razonables. Tarapacá aumentó en 5,1% el número de personas ocupadas en doce meses. Comercio, construcción y minería muestran movimiento. En la calle se ve más faena, más circulación, más pequeños servicios, más personas “rebuscándose las” para no quedar fuera. Pero cuando se acerca el lente, el paisaje cambia. La región terminó el trimestre móvil noviembre 2025-enero 2026 con una tasa de desocupación de 8,4%, levemente por encima del promedio nacional de 8,3%, y con una tasa de ocupación informal de 34,1%, bastante mayor que el 26,8% del país. El dato duro dice que

Tarapacá trabaja; el dato fino advierte que una parte importante lo hace sin red. Es el corazón del problema. No se trata solo de cuántos puestos aparecen, sino de qué clase de empleo está creciendo. Porque la fuerza de trabajo regional aumentó 5,5% en un año, más rápido que las personas ocupadas, que crecieron 5,1%. Esa diferencia explica por qué la desocupación no baja, pese al dinamismo de algunos sectores: entró más gente a buscar trabajo de la que el mercado pudo absorber de manera suficiente. Y cuando esa absorción no alcanza o llega tarde, muchas personas terminan en una

zona gris: ocupadas en las estadísticas, pero sin contrato, sin cotizaciones o con ingresos frágiles. En Tarapacá esa zona gris ya no es marginal. Son 67.807 trabajadores informales, según el seguimiento regional difundido por la prensa local a partir de los datos del INE. Detrás de ese número hay repartidores, feriantes, choferes informales, vendedores, oficios temporales, trabajos por encargo y un universo de ocupaciones que sostienen hogares, pero que al mismo tiempo dejan a miles de personas expuestas a la inestabilidad de cada semana.

El problema no es solo el desempleo

La discusión pública suele concentrarse en la tasa de desocupación porque es el indicador más visible. Sube o baja y con eso se arma el debate político. Pero en Tarapacá el dato más revelador quizás no sea el 8,4%, sino el 34,1% de informalidad. Uno de cada tres ocupados trabaja en condiciones que, en la práctica, lo dejan fuera de la seguridad social y de una trayectoria laboral estable. Esa es la diferencia entre tener trabajo y tener empleo; entre generar ingreso este mes y construir una vida laboral con continuidad.

La propia composición del crecimiento laboral ayuda a entenderlo. El aumento del empleo estuvo incidido principalmente por trabajadores por cuenta propia, que crecieron 11,4%, y por asalariados informales, que subieron 21,4%, de acuerdo con el balance regional replicado por medios locales a partir del informe del INE. Es decir, el motor no fue exclusivamente la contratación formal, sino también la expansión de fórmulas más débiles, más volátiles y más sensibles a cualquier enfriamiento económico.

No es un fenómeno exclusivamente tarapaqueño, pero en la región adquiere un peso especial por su estructura económica. Tarapacá tiene tres grandes pulsos que suelen mover el mercado laboral: el comercio asociado a Iquique y la actividad de Zofri, la construcción urbana y habitacional, y la minería junto a sus servicios conexos. Son sectores intensos en ciclos, sensibles a la inversión y al consumo, y muy capaces de generar empleo rápido, pero no siempre empleo firme. Cuando tiran para arriba, el mercado se mueve; cuando aflojan, el impacto se siente de inmediato en el bolsillo de miles de hogares.

Una región que se mueve, pero sobre base frágil

El detalle sectorial lo confirma. Según el balance del período, las principales incidencias positivas del empleo se observaron en comercio, con un alza de 28,3%; construcción, con 40,2%; y minería, con 13,5%. A primera vista, son números que podrían leerse como una señal de recuperación. En especial después de un 2025 en que la región mostró vaivenes en producción minera y exportaciones, con meses de fuertes retrocesos y otros de repunte. Pero ese dinamismo sectorial no alcanzó para ordenar el mercado laboral; apenas logró contenerlo.

La paradoja es esa: la actividad existe, pero no necesariamente se traduce en formalidad. Un comercio que repunta puede crear puestos de temporada, autoempleo o ventas por comisión. Una construcción que acelera puede multiplicar contratos breves, subcontratación o tareas por obra. Y una minería que crece en producción o servicios asociados no siempre derrama en la misma proporción sobre empleo estable para residentes locales. Por eso Tarapacá puede exhibir más ocupados y, al mismo tiempo, un mercado más tensionado. La cifra mejora, pero la certeza no. Esa conclusión se desprende del cruce entre el alza de ocupados, la mayor fuerza de trabajo y el avance de la

informalidad. Hay otro elemento que ayuda a leer este cuadro con menos triunfalismo. La tasa combinada de desocupación y fuerza de trabajo potencial en Tarapacá llegó a 17,7%, por encima del 16,9% nacional. Ese indicador agrega a los desocupados abiertos a personas disponibles para trabajar o buscando insertarse, aunque no calcen del todo en la definición clásica de desempleo. Es, en otras palabras, una medida más amplia de presión sobre el mercado laboral. Y lo que muestra es que la tensión real es mayor que la del titular de 8,4%.

La tabla deja una imagen nítida. Tarapacá participa más del mercado laboral que el promedio del país y también ocupa más gente proporcionalmente. Es una región activa, empujada por comercio, servicios, logística, minería y circulación transfronteriza. Pero esa mayor actividad no se traduce automáticamente en mejor calidad del empleo. Por el contrario, la brecha más grande con Chile no está en la desocupación, donde la diferencia es de apenas una décima, sino en la informalidad, donde el salto es de 7,3 puntos porcentuales. Esa es la señal más inquietante del cuadro regional.

Cuadro comparativo 1

Indicador	Tarapacá	País
Tasa de desocupación	8,4%	8,3%
Tasa de ocupación informal	34,1%	26,8%
Tasa combinada de desocupación y fuerza de trabajo potencial	17,7%	16,9%
Tasa de participación	66,9%	62,4%
Tasa de ocupación	61,3%	57,2%

Fuente: INE, trimestre noviembre 2025-enero 2026.

Los hombres empujan el salto informal; las mujeres siguen más expuestas

El desagregado por sexo ofrece otra capa del problema. En Tarapacá, la informalidad entre mujeres llegó a 37,7%, mientras entre hombres fue 31,4%. Es decir, las mujeres siguen siendo las más expuestas a vínculos laborales frágiles. Pero el aumento más brusco en un año se produjo entre los hombres, cuya informalidad subió desde 24,8% a 31,4%. En mujeres, el avance fue más acotado: desde 36,2% a 37,7%. Eso sugiere que el deterioro reciente del mercado formal no solo persiste en segmentos históricamente vulnerables, sino que también empezó a ampliarse hacia ocupaciones masculinas asociadas a servicios, comercios y labores temporales.

En el desempleo ocurre algo parecido. La tasa femenina fue 8,8% y la masculina 8,1%. La brecha existe, pero el movimiento anual fue distinto: en mujeres hubo una leve baja, mientras en hombres el desempleo subió. No es un detalle menor. Muestra que una parte de la nueva presión del mercado laboral está entrando por ocupaciones masculinas que no están absorbiendo la demanda con suficiente velocidad o formalidad.

Cuadro comparativo 2

Indicador	Hombres Tarapacá	Mujeres Tarapacá
Tasa de desocupación NDE 2025	8,1%	8,8%
Tasa de desocupación NDE 2024	7,3%	9,1%
Tasa de ocupación informal NDE 2025	31,4%	37,7%
Tasa de ocupación informal NDE 2024	24,8%	36,2%
Tasa combinada de desocupación y fuerza de trabajo potencial	14,9%	21,1%

Fuente: INE, Nota Estadística N°46 y boletín regional.

La lectura humana detrás de estas cifras es menos técnica y más dura. En Iquique y Alto Hospicio eso se traduce en familias donde uno trabaja “a trato”, otro vende por redes, otro hace turnos variables, otro entra y sale de pegas cortas. En el interior, el cuadro es distinto, pero no necesariamente mejor: menos oferta

laboral, más dependencia de faenas específicas, más distancia respecto de los centros de contratación. El resultado es una región que se sostiene en el esfuerzo cotidiano de miles de personas, pero con poco colchón cuando la actividad afloja o el costo de la vida aprieta.

Lo que pasó antes ayuda a entender lo que pasa hoy

La fotografía de hoy también debe leerse como una secuencia. Tarapacá venía de 8,0% de desocupación en julio-septiembre de 2025, subió a 8,2% en agosto-octubre, saltó a 9,1% en septiembre-noviembre, luego marcó 8,6% en octubre-diciembre y ahora se ubicó en 8,4% en noviembre-enero. Es decir, hay un alivio respecto del pico de fines de 2025, pero no una normalización completa. Más bien se trata de una estabilización en una zona alta, todavía sobre la referencia país y acompañada por un deterioro paralelo en informalidad.

La evolución reciente sugiere que el mercado laboral regional dejó atrás el peor sobresalto, pero todavía no encuentra una base sólida. Si la desocupación baja apenas unas décimas mientras la informalidad sube con fuerza, la mejora puede ser más aparente que real. Un mercado sano no solo reduce el desempleo; también reemplaza fragilidad por formalidad. Y eso, por ahora, no está ocurriendo con suficiente intensidad.

Cuadro comparativo 3

Trimestre móvil	Desocupación Tarapacá
Jul-Sep 2025	8,0%
Ago-Oct 2025	8,2%
Sep-Nov 2025	9,1%
Oct-Dic 2025	8,6%
Nov 2025-Ene 2026	8,4%

Fuente: INE Tarapacá.

¿Por qué pasa esto en Tarapacá?

La primera respuesta es estructural. Tarapacá tiene una economía muy expuesta a ciclos de inversión, comercio y consumo. Cuando esos motores reaccionan, generan empleo rápido, pero muchas veces no consolidan carrera laboral. En regiones con una base productiva más diversificada, parte del empleo puede amortiguarse entre distintos sectores; en Tarapacá, la dependencia de algunos polos vuelve más visible cada vaivén. Eso no significa que la región esté inmóvil; significa que su capacidad de absorber mano de obra de forma estable sigue siendo más limitada de lo que sugieren sus ciclos de actividad. Es una inferencia consistente con el aumento simultáneo de la ocupación, la fuerza de trabajo y la informalidad.

La segunda explicación es demográfica y social. La participación laboral regional llegó a 66,9%, bastante sobre el promedio país. Eso significa que más gente está saliendo a buscar trabajo. En parte es una buena noticia: hay disposición a insertarse. Pero también puede ser una mala señal: en contextos de presión económica, más integrantes del hogar salen a generar ingresos porque el ingreso principal no alcanza o perdió estabilidad. Si el mercado no ofrece empleo formal suficiente, ese empuje termina alimentando el autoempleo precario o trabajos sin protección.

La tercera explicación es institucional y productiva. No basta con que existan obras, comercio o faenas; importa cuánto de eso se transforma en contratos estables, en capacitación, en retención y en productividad. Tarapacá ha demostrado ser una región con movimiento económico, pero el desafío sigue siendo convertir ese movimiento en empleo formal, no solo en actividad. Ese paso requiere inversión, pero también articulación entre empresas, municipios, servicios públicos, formación técnica y fiscalización laboral. El termómetro actual sugiere que la economía regional todavía está generando demasiadas salidas de emergencia y pocas escaleras firmes. Esa interpretación se apoya en el fuerte peso del trabajo por cuenta propia y del asalariado informal en el crecimiento reciente.

La proyección: tres escenarios posibles

El primer escenario es el optimista. Si el impulso de comercio, construcción y minería logra sostenerse durante el primer semestre y, además, se traduce en contratación formal, Tarapacá podría bajar algunas décimas de desempleo y empezar a corregir el salto de informalidad. Para eso no basta con más

actividad; se necesita que esa actividad madure en empleo con contrato.

El segundo escenario es el más probable hoy: una mejora estadística lenta, pero con precariedad persistente. Es decir, la desocupación podría no dispararse, e incluso retroceder levemente, mientras la informalidad se mantiene alta porque sigue siendo la válvula de escape del sistema. Ese camino evita un deterioro brusco, pero normaliza un mercado laboral débil, donde miles de personas trabajan sin verdadera estabilidad. El comportamiento reciente de la serie regional apunta, por ahora, más hacia esa zona intermedia que hacia una recuperación robusta.

El tercer escenario es el de alerta. Si alguno de los motores sectoriales se enfría —menos inversión, menor dinamismo comercial, ralentización en construcción o menor arrastre minero— la región podría volver a ver subir el desempleo, porque hoy una parte del ajuste ya está siendo absorbida por la informalidad. En otras palabras: el mercado laboral tarapaqueño todavía no parece tener un colchón suficiente para resistir otro tropiezo sin traspasar el golpe a los hogares. Esa vulnerabilidad está insinuada en la amplitud de la presión laboral y en la magnitud de la informalidad regional respecto del promedio nacional.

Lo que la cifra no dice, pero la calle sí

El 8,4% parece una décima sobre Chile. El 34,1% parece un porcentaje más en un boletín. Pero en la práctica significa otra cosa: más personas haciendo cuentas cada fin de mes, más hogares con ingresos variables, más jóvenes entrando a un mercado que no garantiza estabilidad y más trabajadores aceptando empleos débiles porque no pueden esperar el ideal. En Tarapacá, la precarización no llega siempre con estruendo; a veces llega con normalidad, con esa costumbre de vivir “por mientras” que termina volviéndose permanente.

La región, en rigor, no está detenida. Se mueve. Produce. Vende. Construye. Extrae. Circula. El problema es que ese movimiento todavía no basta para consolidar un mercado laboral a la altura de su energía económica. Por eso el debate de fondo ya no debería ser solo cómo bajar el desempleo, sino cómo evitar que la salida al desempleo siga siendo, para miles, la entrada a la informalidad. Ahí está la verdadera frontera del trabajo en Tarapacá.